

—Chico, no te creía tan vulgar: la frase está ya gastada. ¿No sabes que todos tenemos la pretensión de padecer más que los otros?

—¡Ah!—exclamó Rafael.

—Estás gracioso con tus “¡ah!” Dime. ¿Padeces alguna enfermedad de cuerpo ó alma que te obligue todas las mañanas á plegar, mediante una contracción de músculos, los caballos que han de descuartizarte por la noche, como lo hizo en otro tiempo Damiéns? ¿Te has comido tu perro crudo, sin sal, en tu buhardilla? ¿Te han dicho alguna vez tus hijos: Tengo hambre? ¿Has vendido la cabellera de tu querida para ir á jugar? ¿Has ido alguna vez á pagar á un domicilio falso una letra de cambio falsa, girada contra un tío falso, con temor de llegar demasiado tarde? Oyeme. Si querías arrojarte al agua por una mujer, por un protesto, ó por tedio, reniego de tí. Confiéstate, no mientas; no te pido memorias históricas. Sobre todo, sé tan breve como te lo permita tu borrachera; soy exigente como un lector, y estoy á punto de dormirme como mujer que lee su libro de devociones.

—¡Pobre necio!—dijo Rafael.—¿De cuándo acá no están los dolores en razón de la sensibilidad? Cuando lleguemos al estado de ciencia que nos permita hacer una historia natural de los corazones, darles nombres, clasificarlos en géneros, subgéneros y familias, en crustáceos, fósiles, saurios, microscópicos y qué sé yo qué más, entonces, amigo mío, quedará probado que los hay tiernos y delicados como flores, y que como ellas deben romperse por ligeros roces á los cuales ni siquiera son sensibles ciertos corazones minerales.

—¡Por favor! Ahórrame el prefacio—dijo Emilio

con aire semirrisueño, semicompasivo, cogiendo la mano de Rafael.

LA MUJER SIN CORAZON

Después de permanecer un rato callado, Rafael dijo haciendo un ademán de negligencia:

—No sé, á decir verdad, si debo atribuir á los vapores del vino ó del ponche la especie de lucidez que me permite abarcar en este momento toda mi vida como un solo cuadro en que las figuras, los colores, las sombras, las luces y las medias tintas están fielmente marcadas. No me extrañaría este juego poético de mi imaginación si no estuviese acompañado de una especie de desdén por mis padecimientos y mis alegrías pasadas. Mi vida, vista á cierta distancia, aparece como circunscrita por un fenómeno moral. El prolongado y lento dolor que ha durado diez años puede reproducirse hoy por algunas frases en las cuales el dolor no será ya más que un pensamiento y el placer una reflexión filosófica. Juzgo en lugar de sentir....

—Estás fastidioso como una enmienda que se desarrolla—dijo Emilio.

—Es posible—contestó Rafael sin ofenderse.—Por eso y á fin de no abusar de tu atención, te haré gracia de los diez y siete primeros años de mi vida. Hasta entonces viví como tú y como otros mil esa vida de colegio ó de liceo, en que las desgracias ficticias y las alegrías reales forman las delicias de nuestro recuerdo; esa vida

á la cual nuestra gastronomía hastiada pide las verduras del viernes, mientras no las hemos gustado de nuevo; hermosa vida cuyos trabajos nos parecen despreciables y que, sin embargo, nos han enseñado el trabajo. . . .

—Llega al drama—dijo Emilio con tono entre cómico y quejumbroso.

—Cuando salí del colegio—repuso Rafael, reclamando con un ademán el derecho de continuar,—mi padre me sujetó á una disciplina severa y me aposentó en un cuarto contiguo á su despacho; me hacía acostar á las nueve de la noche y levantarme á las cinco de la mañana; quería que estudiase la carrera de Derecho á toda conciencia, para lo cual iba yo á la escuela y á casa de un abogado; pero las leyes del tiempo y del espacio estaban tan severamente aplicadas á mis caminatas, á mis trabajos, y mi padre me pedía, á la hora de comer, tan rigurosa cuenta, que. . . .

—Pero todo eso ¿qué me importa!—interrumpió Emilio.

—Cargue el diablo contigo!—exclamó Rafael.—¿Cómo podrás concebir mis sentimientos si no te relato los hechos imperceptibles que influyeron en mi alma, la acostumbraron al temor y me dejaron largo tiempo en la candidez primitiva del adolescente? Así, pues, hasta los veinte años he gemido bajo el yugo de un despotismo tan frío como el de una regla monacal. Para revelarte las tristezas de mi vida, quizás te bastará que te retrate á mi padre: era un señor alto y enjuto, cara de hoja de cuchillo, color pálido, palabra breve, tacaño como una solterona, meticuloso como un jefe de negociado. Su paternidad predominaba sobre mil ju-

guetones y alegres pensamientos y los encerraba como bajo una cubierta de plomo; si quería manifestarle algún sentimiento dulce y tierno, me recibía como al chiquillo que va á decir una tontería; le temía mucho más de lo que temíamos en otro tiempo á nuestros maestros, y siempre tenía ocho años para él. Aun me parece verle. Metido en su levita de color de castaña, tan tieso como un cirio pascual, parecía un arencón envuelto en la cubierta encarnada de un folleto. Sin embargo, yo quería á mi padre, porque en el fondo era hombre justo. No podemos aborrecer la severidad cuando la justifica un carácter entero, costumbres puras y está discretamente mezclada la bondad. Si mi padre no se apartó nunca de mí, si hasta la edad de veinte años no puso diez francos á mi disposición, diez picaros, diez libertinos francos, tesoro inmenso, cuya posesión envidiaba en vano y me hacía soñar con inefables delicias, al menos procuraba proporcionarme algunas distracciones. Después de prometerme una diversión meses enteros, me llevaba á los Bufos, á un concierto, á un baile, donde yo esperaba encontrar una querida. Una querida era para mí la independencia. Pero vergonzoso y tímido, ignorante del idioma de los salones y no conociendo á nadie, salía de allí con el corazón intacto y henchido de deseos. Y al otro día, embridado como un caballo de escuadrón por mi padre, volvía á casa del abogado, al estudio de la jurisprudencia, al palacio de Justicia. Pretender desviarme del camino uniforme que mi padre me había trazado, habría sido exponerme á su enojo; me había amenazado con embarearme á la primera falta en calidad de grumete, para las Antillas; y por eso me sobrecogía de espanto cuando por casualidad me atre-

vía á aventurarme una hora ó dos en alguna diversión. Figúrate la imaginación más vagabunda, el corazón más enamorado, el alma más tierna, el espíritu más poético, continuamente en presencia del hombre más quisquilloso, más atrabiliario, más frío del mundo; casa, en fin, á una doncella con un esqueleto, y comprenderás la existencia cuyas curiosas escenas difícil fuera narrarte; proyectos de fuga desvanecidos al aspecto de mi padre, desesperaciones calmadas por el sueño, deseos comprimidos, sombrías melancolías disipadas por la música. Yo exhalaba mi desdicha en melodías. Beethoven y Mozart fueron con frecuencia mis discretos confidentes. Hoy me río al recordar todos los prejuicios que perturbaban mi conciencia en aquella época de inocencia y de virtud; si hubiera puesto el pie en un restaurant, me habría creído arruinado; mi imaginación me hacía considerar un café como un lugar de libertinaje en que los hombres mancillan su honor y comprometen su fortuna; en cuanto á arriesgar dinero al juego, habría sido menester tenerlo. ¡Oh! Aun cuando deba adormecerme, quiero referirte una de las más terribles satisfacciones de mi vida, una de esas satisfacciones armadas de garras que se hunden en el corazón como un hierro hecho ascua en el hombro de un galeote.

Fuí á pie á casa del duque de Navarrein, primo de mi padre; mas para que puedas hacerte cargo perfectamente de mi posición, has de saber que yo llevaba un frac raído, unos zapatos mal hechos, una corbata de cochero y unos guantes usados. Me puse en un rincón para poder tomar sorbetes á mi gusto y contemplar las mujeres bonitas. Mi padre me vió. Por una causa que jamás he adivinado, hasta tal punto me dejó atónito

aquel rasgo de confianza, me dió sus llaves y su bolsa para que se las guardara. A diez pasos de mí algunos hombres jugaban, y yo oía el retintín del oro. A la sazón tenía veinte años, y deseaba pasar un día entero entregado á los crímenes de mi edad. Era un libertinaje del espíritu, cuyo análogo no se encontraría ni en los caprichos de una cortesana, ni en los ensueños de las doncellas. Hacía un año que no pensaba más que en ir bien vestido, en coche, con una mujer hermosa á mi lado, á lo gran señor, comiendo en casa de Very, yendo por la noche al teatro, decidido á no volver á casa hasta el otro día, pero preparando á mi padre la narración de una aventura más enredada que la de "Las bodas de Figaro," de la cual no sacase nada en limpio. Yo había calculado que todo eso no me costaría más allá de cincuenta escudos. ¿No estaba todavía bajo el cándido hechizo del estudiante que hace novillos? Me retiré, pues, á un gabinete donde, solo, con los ojos empañados y los dedos temblorosos, conté el dinero de mi padre: ¡cien escudos! Los goces de mi escapatoria, evocados por esa cantidad, se me aparecieron danzando como las brujas de Macbeth alrededor de su caldera, pero incitantes, atrayentes, deliciosos. . . . Me convertí en un pícaro resuelto. Sin hacer caso de los zumbidos de mis oídos, ni de los latidos precipitados de mi corazón, tomé dos monedas de veinte francos que aun me parece estar viendo: tenían borrado el año de la acuñación, y el busto de Bonaparte gesticulaba en ellas. Guardé de nuevo la bolsa y me acerqué á una mesa de juego llevando las dos monedas de oro en la húmeda palma de la mano, y anduve dando vueltas al rededor de los jugadores, como gavilán por encima de un gallinero. Pre-

sa de indecibles angustias, eché de pronto una mirada translúcida en torno mío. Convencido de que no me veía ninguna persona conocida mía, jugué mis cuarenta francos en favor de un hombrecillo gordo y jovial, sobre cuya cabeza acumulé más plegarias y votos que los que se hacen en el mar durante tres tempestades. Luego, con un instinto de perversión ó maquiavelismo sorprendente en mi edad, fui á plantarme junto á una puerita mirando á los salones, pero sin ver nada en ellos. Mi alma y mis ojos revoloteaban alrededor del fatal tapete verde. De aquella noche data la primera observación fisiológica que me ha valido esta especie de penetración merced á la cual he podido sorprender algunos misterios de nuestra doble naturaleza. Volví la espalda á la mesa en que se disputaba mi futura dicha, dicha quizás tanto más intensa cuanto que era criminal; entre los dos jugadores y yo había una fila de hombres compuesta de cuatro ó cinco hileras de algunos que conversaban; el rumor de sus voces impedía percibir el sonido del dinero que se mezclaba con el ruido de la orquesta; á pesar de todos estos obstáculos, por un privilegio otorgado á las pasiones que les da el poder de anular el tiempo y el espacio, sabía cuál de los dos era el que volvía el rey como si hubiese visto las cartas; en fin, á diez pasos del juego, me hacían perder el color sus caprichos. De pronto, mi padre pasó por delante de mí y entonces comprendí esta palabra de la Sagrada Escritura: "¡El espíritu de Dios pasó por delante de su faz!" Yo había ganado. A través del remolino de hombres que gravitaba en torno de los jugadores, corrí á la mesa, deslizándome con la destreza de una anguila que se escapa por la malla rota de una red. La tensión dolorosa de mis fibras,

hízola desaparecer el júbilo. Estaba como un reo que, encaminándose al cadalso, ha encontrado al rey. Por casualidad, un sujeto condecorado reclamó cuarenta francos que faltaban. Algunos ojos inquietos se fijaron en mí con suspicacia, y entonces me puse pálido y surcaron mi frente gruesas gotas de sudor frío. El crimen de haber robado á mi padre me pareció bien vengado. Pero el hombrecillo gordo dijo entonces con voz indudablemente angelical: "Todos estos caballeros habían puesto; y pagó los cuarenta francos. Levanté la frente y dirigí miradas triunfantes á los jugadores. Después de devolver á la bolsa de mi padre el dinero que había sacado de ella, dejé mi ganancia á aquel digno y honrado caballero, que siguió ganando.

Cuando me vi poseedor de ciento sesenta francos, los envolví en mi pañuelo de modo que no se removieran ni hicieran ruido mientras volvíamos á casa, y no jugué más.—¿Qué hacías junto á la mesa de juego? me preguntó mi padre cuando subimos al coche.—Miraba jugar, contesté temblando.—Es que no tendria nada de extraño, repuso, que por amor propio hubieras echado algún dinero sobre el tapete verde. A los ojos de los hombres de mundo, pareces ya de bastante edad para tener el derecho de hacer alguna tontería. Por eso te disculparía, Rafael, si te hubieras valido de mi bolsa. . . .—No contesté nada. Cuando estuvimos en casa, devolví á mi padre sus llaves y su dinero. Al entrar en su cuarto, vació la bolsa sobre su chimenea, contó el dinero, se volvió hacia mí con complacencia, y me dijo haciendo entre cada frase una pausa más ó menos larga y significativa:—Hijo mío, pronto cumplirás veinte años. Estoy contento de tí. Necesitas una

cantidad mensual para tus gastos, aunque sólo sea para aprender á economizar, para conocer las cosas de la vida. Desde hoy te daré cien francos mensuales. Dispondrás de tu dinero como te plazca. Aquí tienes el primer trimestre de este año, añadió pasando la mano por encima de una pila de oro como para comprobar la suma.—Confieso que estuve á punto de arrojarme á sus plantas, de declararle que era yo un bandido, un infame, y . . . lo que era peor, un embustero; pero la vergüenza me contuvo. Fui á abrazarle, pero no lo permitió.—Ahora ya eres un hombre, hijo mío, me dijo. Lo que hago es una cosa muy sencilla y justa que no me debes agradecer. Si tengo algún derecho á tu gratitud Rafael, repuso con acento dulce pero lleno de dignidad, consiste en haber preservado tu juventud de las desgracias que devoran á todos los jóvenes en París. En adelante seremos dos amigos. Dentro de un año serás doctor en Derecho. No sin algunos disgustos y ciertas privaciones, has adquirido los conocimientos sólidos y el amor al trabajo, tan necesarios á los hombres llamados á manejar los negocios. Aprende á conocerme, Rafael. No quiero hacer de tí un abogado, ni un notario, sino un hombre de Estado que pueda ser la gloria de nuestra pobre casa. Hasta mañana, añadió despidiéndose con un ademán misterioso.

Desde aquel día mi padre me inició francamente en sus proyectos. Yo era hijo único, y había quedado huérfano de madre hacía diez años. Mi padre, jefe de una casa histórica casi olvidada en Auvernia, y á quien no lisonjeaba en otro tiempo tener el derecho de labrar la tierra con espada al cinto, vino á París á luchar con el diablo. Dotado de esa sutileza que hace á los hombres

del Mediodía de Francia tan superiores cuando va acompañada de energía, había llegado sin gran apoyo á ocupar una posición en el centro mismo del poder. La Revolución dió en breve al traste con su fortuna; pero se había casado con la heredera de una gran casa, y en tiempo del Imperio se halló con facultad de restituir á nuestra familia su antiguo esplendor. La Restauración, que devolvió á mi madre grandes bienes, arruinó á mi padre. Habiendo comprado en otro tiempo muchas tierras dadas por el emperador á sus generales y situadas en país extranjero, cuestionaba hacía diez años con liquidadores y diplomáticos, con los tribunales prusianos y bávaros, para continuar en la posesión disputada de aquellas desdichadas dotaciones. Mi padre me lanzó en el laberinto inextricable de aquel gran pleito del que dependía nuestro porvenir. Podíamos salir condenados á devolver las réntas así como el valor de ciertas talas de bosques hechas de 1814 á 1816; en cuyo caso la hacienda de mi madre apenas bastaría para salvar el honor de nuestro nombre. De aquí resultó que el día en que mi padre pareció emanciparse en cierto modo, caí bajo el yugo más odioso. Tuve que luchar como en un campo de batalla, trabajar día y noche, hacer antesalas á los hombres de Estado, sorprender su religión, interesarles en nuestro asunto, seducirles á ellos, á sus mujeres, á sus criados y hasta á sus perros, y disfrazar este horrible cometido con formas elegantes, con frases seductivas.

Entonces comprendí todos los disgustos cuya huella ajaba el semblante de mi padre. Por espacio de un año llevé en la apariencia la vida de un hombre de mundo; pero aquella disipación y mi solicitud por tra-

tarme con parientes que gozaban de favor ó con personas que podían sernos útiles, ocultaban inmensos trabajos. Mis diversiones seguían siendo los ejercicios del foro, y mis conversaciones los escritos jurídicos. Hasta entonces había sido virtuoso por la imposibilidad de entregarme á mis pasiones de joven, pero, temiendo después causar la ruina de mi padre ó la mía por una negligencia, me convertí en mi propio déspota y no me atreví á permitirme un placer ni un dispendio. Cuando somos jóvenes, cuando los hombres y las cosas no nos han quitado todavía esa delicada flor de sentimiento, ese verdor de ideas, esa pureza de conciencia que jamás nos deja transigir con el mal, comprendemos vivamente nuestros deberes; somos francos y sin doblez; así era yo entonces, y quise justificar la confianza de mi padre. En otro tiempo le habría hurtado con gusto una pequeña cantidad; pero al ayudarle á llevar la carga de sus negocios, de su nombre, de su casa, le habría dado secretamente mis bienes y mis esperanzas, del propio modo que le sacrificaba mis placeres; ¡y aun satisfecho de hacer este sacrificio! Así, pues, cuando el señor de Villele exhumó, á propósito contra nosotros, un decreto imperial sobre las prescripciones, y nos hubo arruinado, firmé la venta de mis propiedades, sin conservar más que una pequeña isla sin valor, situada en medio del Loira, y en la cual estaba el sepulcro de mi madre. Hoy quizás no carecería de argumentos, de rodeos, de disquisiciones filosóficas, filantrópicas y políticas para dispensarme de hacer lo que mi abogado llamaba una "tontería." Pero repito que á los veintiún años somos todo generosidad, todo calor, todo amor. Las lágrimas que ví en los ojos de mi padre fue-

ron entonces para mí la más hermosa de las fortunas, y el recuerdo de aquellas lágrimas ha consolado muchas veces mi miseria. A los diez meses de haber pagado á sus acreedores, mi padre murió de pesadumbre. Me adoraba y me había arruinado, y esta idea le mató.

Al terminar el otoño de 1825, y á los veintidós años de edad, asistí enteramente solo al entierro de mi mejor amigo, de mi pobre padre. Pocos jóvenes se han visto como yo, solos con sus pensamientos, detrás de un féretro, perdidos en París, sin porvenir, sin fortuna. Los huérfanos recogidos por la caridad pública tienen al menos por porvenir el campo de batalla, por padre el gobierno ó el fiscal general y por refugio un hospicio. Pero yo no tenía nada. A los tres meses un subastador público me entregó mil ciento doce francos, producto neto y líquido de la herencia paterna. Los acreedores me habían obligado á vender nuestro mueblaje. Acostumbrado desde mi juventud á dar gran valor á los objetos de lujo que me rodeaban, no pude menos de mostrar alguna sorpresa ante aquel cobrante tan exiguo.—¡Oh! me dijo el subastador, todo aquello era muy "rococo."—Terrible palabra que marchitaba todas las religiones de mi infancia y me arrebatava mis primeras ilusiones, las más queridas de todas. Mi fortuna se resumía en una nota de venta, mi porvenir estaba en un saquillo que contenía mil ciento doce francos, y la sociedad se me presentaba en la persona de un subastador que me hablaba calado el sombrero. Un criado que se llamaba Jonatás, que me quería mucho y á quien mi madre había dejado en otro tiempo cuatrocientos francos de renta, me dijo al abandonar la casa de la

que yo había salido tantas veces alegremente en mi infancia: "Sea usted muy económico, señorito Rafael." Y el buen hombre lloraba.

Tales son, querido Emilio, los acontecimientos que decidieron de mi destino, modificaron mi alma y me pusieron, joven aún, en la más falsa de todas las situaciones sociales, dijo Rafael después de una ligera pausa. Ciertos lazos de familia, bastante débiles, me unían á algunas casas cuyo acceso me hubiera vedado mi orgullo, si el desprecio y la indiferencia no me hubiesen ya cerrado sus puertas. Aunque emparentado con personas muy influyentes y pródigas de su protección para los extraños, yo no tenía parientes ni protectores. Mi alma, contenida sin cesar en sus expansiones, se había replegado en sí misma. Lleno de franqueza y de naturalidad, había, sin embargo, de parecer frío y disimulado; el despotismo de mi padre me había quitado toda confianza en mí; era tímido y encogido, no creía que mi voz pudiera ejercer el menor imperio, me desagradaba á mí mismo, me encontraba feo y tenía vergüenza de mi mirada. A pesar de la voz interior que debe sostener á los hombres de talento en su lucha y me decía: ¡Animo! ¡Adelante!; á pesar de las revelaciones repentinas de mi poder en la soledad; á pesar de la esperanza que me animaba al comparar las obras nuevas admiradas por el público con las que se cernían en mi imaginación, dudaba de mí como un niño. Era presa de una ambición desapoderada, me creía llamado á hacer grandes cosas, y sin embargo, me sentía en la nada. Necesitaba hombres y me encontraba sin amigos. Debía abrirme un camino en el mundo, y permanecer solo, menos tímido que avergonzado. Durante el

año en que mi padre me lanzó al torbellino de la alta sociedad, me presenté en ella con un corazón nuevo, con un alma fresca. Como todos los niños grandes, aspiraba secretamente á tener plácidos amores.

Encontré entre los jóvenes de mi edad una partida de fanfarrones que iban con la cabeza alta diciendo tonterías, sentándose sin temblar al lado de mujeres que me parecían las más impotentes, soltando impertinencias, chupando el puño de sus bastones, haciendo melindres, prostituyendo á sí mismos las jóvenes más bonitas, descansando ó suponiendo haber descansado la cabeza en todas las almohadas, considerando á las más virtuosas á las más púdicas, como presa fácil á la que se podía conquistar con una palabra, con un movimiento audaz, con una mirada insolente. . . . Te aseguro, en mi conciencia y en mi alma, que la conquista del poder ó de un gran renombre literario me parecía empresa más llana que la de una mujer de alto rango, joven, de talento y graciosa. Conocí que las perturbaciones de mi corazón, mis cultos, estaban en desacuerdo con las máximas de la sociedad. No carecía de atrevimiento, pero en el alma solamente y no en los modales. Más adelante he sabido que á las mujeres no les gusta ser mendigadas; he visto muchas á las que adoraba de lejos, á las que entregaba un corazón á toda prueba, un alma que desgarrar, una energía que no se asustaba de los sacrificios ni de las torturas, y sin embargo, pertenecían á necios á quienes ni para porteros hubiera yo querido. ¡Cuántas veces, callado, inmóvil, no he admirado á la mujer de mis ensueños surgiendo en un baile! Entregando entonces mentalmente mi existencia á caricias eternas, concentraba todas mis esperanzas en una mira-

da y le ofrecía en mi éxtasis un amor de joven que corría al encuentro de las falacias. . . . En ciertos momentos, habría dado mi vida por una sola noche. Pues bien, no habiendo encontrado nunca almohadas á las que confiar mis apasionadas frases, miradas en las que pudieran descansar las mías, corazón para mi corazón, he vivido sufriendo todos los tormentos de una energía impotente que se devora á sí misma, ó por falta de atrevimiento ó de ocasiones, ó bien por inexperiencia. Quizás haya desesperado de hacerme comprender, ó temido que se me comprendiera demasiado. Y sin embargo, tenía una tempestad dispuesta para cada mirada agradable que se me podía dirigir. A pesar de mi prontitud en apoderarme de esa mirada ó de palabras al parecer afectuosas como fierros estímulos, jamás me he atrevido á hablar ni á callar á tiempo. A fuerza de sentimiento, mi conversación era insignificante, y mi silencio degeneraba en estúpido. Yo era sin duda sobradamente cándido para una sociedad ficticia que vive á la luz artificial, que expresa todos sus pensamientos con frases convenidas ó con palabras dictadas por la moda. Además, no sabía hablar callando, ni callar hablando. En fin, guardando dentro de mí los ardores que me abrasaban, dotado de un alma semejante á las que las mujeres desean encontrar, lleno de esa exaltación de que tan ávidas se muestran, en posesión de la energía de que se envanece los tontos, todas las mujeres se han mostrado traidoramente crueles conmigo. Así era que admiraba yo cándorosamente á esos héroes de camarilla cuando celebraban sus triunfos, sin sospechar que pudieran mentir. Yo hacía mal sin duda en desear un amor bajo palabra; en querer encontrar gra-

de y fuerte en un corazón de mujer frívola y liviana, ganosa de lujo, henchida de vanidad, esa pasión sin límites, ese océano que se agitaba procelosamente en mi corazón. ¡Oh! ¡Sentirse nacido para amar, para hacer venturosa á una mujer, y no haber encontrado ninguna, ni siquiera una animosa y noble Marcelina ó alguna vieja marquesa! ¡Llevar esos tesoros en unas alforjas, y no haber podido dar con una niña ó una joven curiosa para hacérselos admirar! Más de una vez he querido matarme de desesperación.

—¡Lindamente trágico estás esta noche!—dijo Emilio.

—Déjame condenar mi vida—contestó Rafael.—Si tu amistad no es tan fuerte que te permita escuchar mis elegías, si no puedes concederme media hora de fastidio, duerme. Pero entonces no me pidas cuenta de mi suicidio que muge, se yergue, me llama y al que respondo. Para juzgar á un hombre, se necesita, al menos, estar en el secreto de su pensamiento, de sus desventuras, de sus emociones; no querer saber más que los sucesos materiales de su vida, es hacer cronología, esa historia de los necios.

El tono acerbo con que pronunció estas palabras chocó á Emilio de tal modo, que desde aquel momento, prestó mayor atención á Rafael, mirándole como atontado.

—Pero ahora—prosiguió el narrador—el fulgor que colora esos accidentes les comunica nuevo aspecto. El orden de las cosas que antes consideraba yo como una desgracia, ha engendrado tal vez las bellas facultades de que más adelante me he enorgullecido. La curiosidad filosófica, el trabajo excesivo, la afición á la lec-

tura que han ocupado constantemente mi vida desde la edad de siete años hasta mi entrada en el mundo. ¿no me habrán dotado de la fácil propiedad con que, según vosotros, sé expresar mis ideas y marchar avanzando por el extensísimo campo de los conocimientos humanos? El abandono á que estuve condenado, la costumbre de reprimir mis sentimientos y de vivir en mi corazón, no me habrían investido del poder de comparar, de meditar? Mi sensibilidad, que no se ha extraviado poniéndose al servicio de las cóleras humanas que empuñan el alma más hermosa y la reducen al estado de guinapo, ¿no se ha concentrado para llegar á ser el órgano perfeccionado de una voluntad más elevada que el querer de la pasión? Desconocido por las mujeres, recuerdo haberlas observado con la sagacidad del amor desdeñado. Ahora, lo conozco, la sinceridad de mi carácter ha debido desagradar, y es que las mujeres quizás quieren un poco de hipocresía. Siendo como soy alternativamente y en una misma hora, hombre y niño, fútil y pensador, exento de prejuicios y lleno de supersticiones, á menudo mujer como ellas, ¿no han debido tomar mi sencillez por cinismo, y la pureza misma de mi pensamiento por libertinaje? La ciencia era aburrimiento para ellas, la languidez femenina, debilidad. Esta desmedida movilidad de imaginación, desdicha de los poetas, hacía sin duda que me tuviesen por un ser incapaz de amor, sin constancia en las ideas, sin energía. Idiota cuando callaba, las asustaba al procurar agradarlas, y las mujeres me han condenado. He debido aceptar, entre lágrimas y pesares, la sentencia dictada por el mundo. Pero esa sentencia ha producido su fruto. Quise vengarme de la sociedad,

quise poseer el alma de todas las mujeres sometíendome á sus inteligencias y ver que se fijaran en mí todas las miradas cuando un criado me anunciara á la puerta de un salón. Desde mi infancia, me daba palmadas en la frente, diciéndome como André Chemier: "¿Aquí hay algo?" Creía sentir en mí un pensamiento que expresar, un sistema que establecer, una ciencia que difundir. ¡Ah querido Emilio! Hoy que apenas tengo veintiséis años que estoy seguro de morir desconocido, sin haber sido jamás el amante de la mujer con cuya posesión he soñado, permite que te cuente mis locuras... ¿Acaso no hemos tomado todos, más ó menos, nuestros deseos por realidades? ¡Oh! No quisiera tener por amigo un joven que en sus ensueños no se hubiera tejido coronas, construido algún pedestal ó apropiado complacientes queridas. Yo he sido con frecuencia general, emperador; he sido Byron, y luego nada. Después de haber jugado en la cúspide de las cosas humanas, echaba de ver que aún tenía que trepar á todas las montañas, que allanar todas las dificultades. Este inmenso amor propio que fermentaba en mí, esta creencia sublime de un destino, y que tal vez se convierte en genio cuando un hombre no se deja recortar el alma por el contacto de los negocios como un carnero va dejando su lana en los zarzales que atraviesa, eso es lo que me ha salvado. Quise cubrirme de gloria y trabajar en silencio para la mujer amada que esperaba tener algún día. Todas las mujeres se resumían en una sola, y yo creía encontrarla en la primera que se presentara ante mí; pero viendo una reina en cada una, todas debían, como las reinas que están obligadas á declararse á sus amantes, acudir á mi encuentro, solicitarme á mí,

doliente, pobre y tímido. ¡Ah! Aparte del amor encastrado en mi corazón tanto agradecimiento para aquella que se hubiera apiadado de mí, que la habría adorado toda su vida.

Andando el tiempo, mis observaciones me han enseñado crueles verdades. Ya ves, querido Emilio, que me exponía á vivir eternamente solo. Por no sé qué inclinación de su espíritu, las mujeres están acostumbradas á no ver en un hombre de talento más que sus defectos, y en un tonto más que sus buenas cualidades; sienten grandes simpatías por las éualidades del tonto, que son perpetua hisonja de sus propios defectos, al paso que el hombre de valimiento no les proporciona bastantes goces para compensar sus imperfecciones. El talento es una fiebre intermitente; ninguna mujer se muestra deseosa de compartir siquiera su malestar; todas quieren encontrar en sus amantes motivos de satisfacer su vanidad. Y es porque son ellas mismas lo que en nosotros aman. Un hombre pobre, orgulloso, artista, dotado del poder de crear, ¿no está armado de un ofensivo egoísmo? En su derredor hay cierto torbellino de pensamientos en el cual lo envuelve todo, hasta su amada, que debe seguir su movimiento. Y una mujer adulada ¿puede creer en el amor de semejante hombre? ¿Ir á buscarle? Ese amante no tiene tiempo de abandonarse, en torno de un diván, á esas pequeñas ficciones de sensibilidad á las cuales dan tanta importancia las mujeres y que son el triunfo de las personas falsas é insensibles. Si no disponen de bastante tiempo para sus tareas, ¿cómo lo han de invertir en empedernecerse, en engalanarse? Dispuesto á dar mi vida de golpe, no la habría envilecido en detalle. En fin, en

el manejo de un agente de cambio que se cuida de los negocios de una mujer pálida y remilgada hay algo de mezquino que horroriza al artista. El amor parcial no basta á un hombre pobre y grande; lo quiere en toda su abnegación. Los seres insignificantes que pasan la vida probándose chalos ó que se hacen percha de moda, no tienen abnegación pero la exigen y ven en el amor el placer de mandar, pero no el de obedecer. La verdadera esposa de corazón, de carne y hueso, se deja llevar á donde va aquél en quien radica su vida, su fuerza, su gloria, su dicha. Los hombres superiores necesitan mujeres orientales cuya única idea sea el estudio de sus necesidades; para ellos la desgracia está en el desacuerdo de sus deseos y de sus medios. ¡Yo, que me creía hombre de genio, amaba precisamente á las petimetras! Alimentando ideas tan contrarias á las ideas admitidas, teniendo la pretensión de escalar el cielo sin escala, poseyendo tesoros que no tenían curso, armado de conocimientos extensos que recargaban mi memoria y que aún no había clasificado ni me había asimilado, encontrándome sin parientes, sin amigos, solo en el más espantoso desierto, desierto empedrado, desierto pensador, viviente, en que todo es para nosotros más que enemigo, por cuanto es indiferente, la resolución que tomé era muy natural, aunque insensata; tenía en sí algo de imposible que me dió valor. Fué á modo de un partido entablado conmigo mismo, en que yo era á la vez jugador y puesta. He aquí mi plan. Los mil cien francos debían bastarme para vivir tres años, y me concedí este tiempo para dar á luz una obra que llamara hacia mí la atención pública, y proporcionarme una fortuna ó un nombre. Me lisonjeaba que iba á vivir

de pan y leche, como un solitario de la Tebaida, sumido en el mundo de los libros y de las ideas, en una esfera inaccesible, en medio de este París tan tumultuoso, esfera de trabajo y de silencio donde, como las crisálidas, me labrara una tumba para renacer brillante y glorioso. Estuve á punto de morir por vivir. Reduciendo la existencia á sus verdaderas necesidades, á lo estrictamente necesario, ví que trescientos sesenta y cinco francos les debían bastar para mi pobreza. En efecto, aquella exígua suma me había sido suficiente para vivir mientras he querido soportar mi propia disciplina claustral.

—Es posible,—dijo Emilio.

—He vivido cerca de tres años así—respondió Rafael con cierto orgullo.—Contemos. Tres sueldos de pan, dos de leche y tres de embutidos me impedían morir de hambre y mantenían mi espíritu en un estado de lucidez singular. Bien sabes que he observado maravillosos efectos producidos por la dieta en la imaginación. El alquiler de mi cuarto me costaba tres sueldos diarios, el aceite para alumbrarme otros tres; yo mismo limpiaba mi habitación y llevaba camisas de franela para no gastar en lavado y planchado de ropa blanca más que dos sueldos diarios. Me calentaba con carbón de piedra, cuyo precio, dividido por los días del año, jamás ha pasado de dos sueldos en cada uno de ellos. Tenía ropa exterior y blanca, así como calzado, para tres años, y no quería vestirme bien sino para ir á ciertas conferencias públicas y á las bibliotecas. Estos gastos reunidos sólo ascendían á dieciocho sueldos; por consiguiente me quedaban dos para imprevistos. Durante este período de trabajo, no recuerdo haber pasa-

de por el puente de las Artes ni comprado agua, pues iba á buscarla todas las mañanas á la fuente de la plaza de San Miguel. ¡Oh! Soportaba arrogantemente mi pobreza. Todo hombre que presiente un lisonjero porvenir marcha por su vida de miseria como un inocente llevado al suplicio: no se avergüenza. No quise prever que pudiera estar enfermo, y como Aquilina, consideraba el hospital sin terror. Ni un momento puse en duda mi buena salud. Además, el pobre no debe meterse en la cama sino para morir. Yo mismo me cortaba el pelo, hasta que un ángel de amor ó de bondad. . . . Pero no quiero anticipar nada acerca de mi situación, de la cual pronto me ocuparé. Has de saber únicamente, querido amigo, que á falta de querida, viví con un gran pensamiento, con una mentira en la cual todos empezamos á creer más ó menos. Hoy me río de mí; de ese "yo," quizás santo y sublime, que ya no existe. La sociedad, el mundo, nuestros usos, nuestras costumbres, vistos de cerca, me han revelado el peligro de mi creencia inocente y la superfluidad de mis fervientes trabajos. Estos aprovisionamientos son inútiles para el ambicioso: el equipaje del que persigue la fortuna debe ser ligero. El error de los hombres superiores consiste en malgastar los años de su juventud en hacerse dignos del favor. Mientras que las gentes sencillas atesoran su fuerza y su ciencia para llevar sin esfuerzo el peso de un poder que huye de ellos, los intrigantes, ricos en palabras y falsos de ideas, van y vienen, sorprenden á los tontos, y se albergan en la confianza de los semitontos; los unos estudian, los otros andan; los unos son modestos, los otros atrevidos; el hom-

bre de genio oculta su orgullo; el intrigante que hace ostentación del suyo, necesariamente ha de llegar á ser algo. Los hombres del poder tienen tanta necesidad de creer en el mérito ya público, en el talento desvergonzado, que el verdadero sabio incurre en una puerilidad en el mero hecho de esperar las recompensas humanas. No aspiro ciertamente á parafrasear los lugares comunes de la virtud, el Cantar de los cantares eternamente cantado por los genios desconocidos; me limito á deducir lógicamente los frecuentes resultados obtenidos por las medianías. ¡Ah! El estudio es tan maternalmente bueno que quizás resulte criminoso pedirle otras recompensas que no sean las puras y dulces satisfacciones de que alimenta á sus hijos.

Recuerdo las veces que he empapado alegremente mi pan en leche, sentado junto á la ventana, respirando allí el aire puro y paseando mis miradas por un paisaje de tejados pardos, grises, encarnados, de pizarras, de tejas, y cubiertos de musgos amarillos y verdes. Si en un principio me pareció monótona esta vista, no tardé en descubrir en ella singulares bellezas. Tan pronto una porción de rayas luminosas salidas de ventanas entornadas, matizaban y animaban de noche las negras profundidades de aquel país original, como los pálidos resplandores de los faroles proyectaban desde abajo reflejos amarillentos á través de la bruma, y marcaban débilmente en las calles las ondulaciones de aquellos tejados apiñados, océano de olas inmóviles. En fin, á veces aparecían raras figuras en medio de aquel tétrico desierto, y entre las flores de algún jardín aéreo se destacaba el perfil anguloso

y ganchudo de una vieja que regaba capuchinas, ó en el marco de una claraboya caricomida aparecía una joven que, creyéndose sola, se estaba peinando y de la cual no divisaba yo más que la hermosa frente y los largos cabellos levantados por un brazo de seductora blancura. En los canalones se veía vegetar plantas efímeras, pobres yerbas que en breve debían arrebatar una tormenta. Yo estudiaba los musgos, sus colores avivados por la lluvia, y que al herirlos los rayos del sol se convertían en un terciopelo seco y pardo de reflejos caprichosos. En fin, los poéticos y fugaces efectos del día, las tristezas de la niebla, los repentinos chisporroteos del sol, el silencio y las magias de la noche, los misterios de la aurora, las humaredas de cada chimenea, todos los accidentes de esa singular naturaleza que me eran familiares ya, me divertían. Me gustaba mi prisión, que era voluntaria. Esas sabanas de París formadas de techumbres niveladas como una llanura, pero que cubrían abismos poblados, cuadraban á mi alma y se armonizaban con mis pensamientos. Es fastidioso encontrar bruscamente el mundo cuando descendemos de las alturas celestes adonde nos remontan nuestras meditaciones científicas; por esto comprendí entonces perfectamente la desnudez de los monasterios.

Cuando estuve enteramente resuelto á seguir mi nuevo plan de vida, busqué habitación en los barrios más desiertos de París. Una noche, al volver de la Estrapade, pasé por la calle de Cordeliers para regresar á mi casa. En la esquina de la calle de Cluny encontré una niña de unos eatorce años que estaba ju-